PQ6321
.C3
F3

LSC
UNC-CH

FABULA DE ATIS Y GALATEA: SONETOS

LUIS CARRILLO Y SOTOMAYOR

THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA
AT CHAPEL HILL

ENDOWED BY THE
DIALECTIC AND PHILANTHROPIC
SOCIETIES

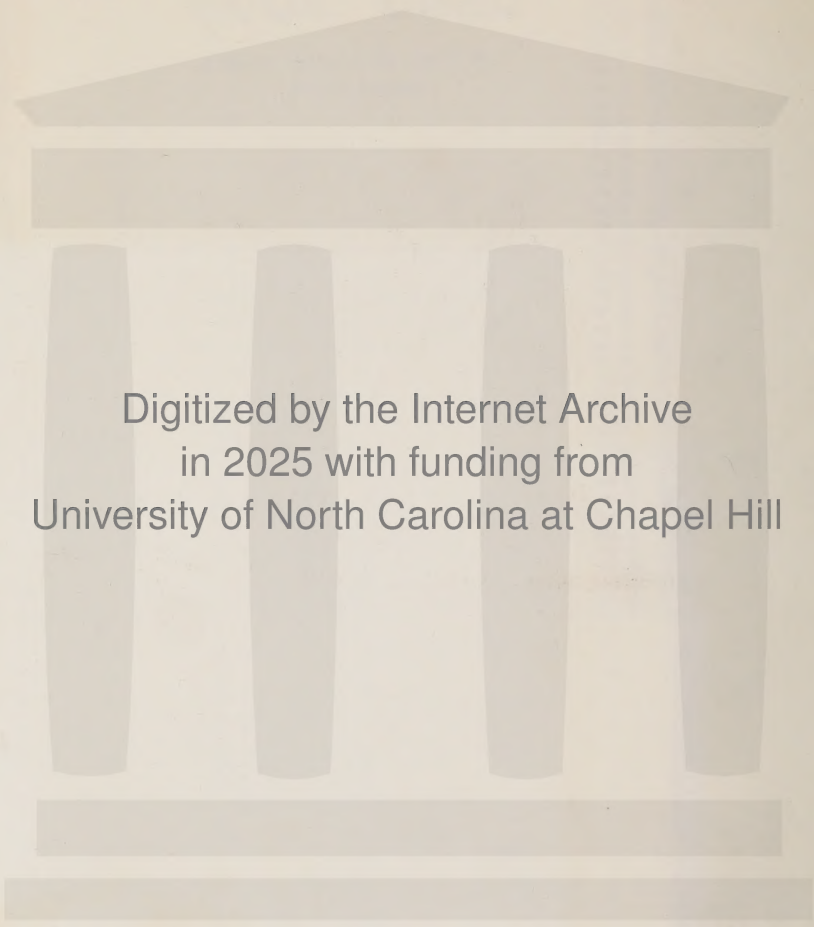
PQ6321
.C3
F3

a 00001 33091 9

This book is due at the LOUIS R. WILSON LIBRARY on the last date stamped under "Date Due." If not on hold it may be renewed by bringing it to the library.

DATE DUE	RET.	DATE DUE	RET.

Form No. 513


Digitized by the Internet Archive
in 2025 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/fbuladeatisygala00carr

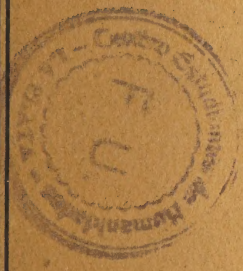
LUIS CARRILLO Y SOTOMAYOR

FABULA DE ATIS Y GALATEA

•

SONETOS

Edición al cuidado de
Pedro Henríquez Ureña
y Enrique Moreno



Cuadernos de
DON SEGUNDO SOMBRA
1929

C

LUIS CARRILLO Y SOTOMAYOR

MVC

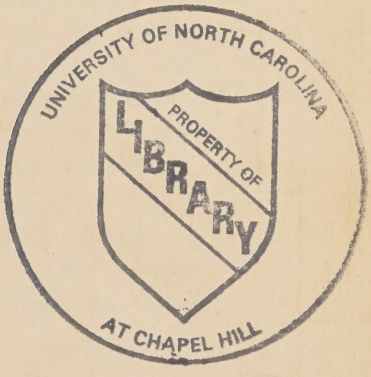
PQ6321
.C3
F3

FABULA DE ATIS Y GALATEA

•

SONETOS

Edición al cuidado de
Pedro Henríquez Ureña
y Enrique Moreno



Cuadernos de
DON SEGUNDO SOMBRA
1929

Juan H. Pér

LUIS Carrillo y Sotomayor (1583-1610), poeta cuya obra está enlazada como problema a los orígenes del gongorismo, fue, como Góngora, cordobés, y, como Góngora, precoz. Hijo de familia ilustre: su padre, Fernando Carrillo, perteneció al Consejo de Hacienda; después, al Consejo de Indias. Luis Carrillo pasó seis años en la Universidad de Salamanca; estuvo en servicios militares y navales, peleó en Italia, y ascendió a jefe de cuatro galeras, "cuatralbo de las galeras de España". Debió de caer enfermo cuando contaba veinte y cinco años, pues en los dos últimos de su vida no pudo escribir. Recogió sus obras su hermano D. Alonso Carrillo Laso y las publicó en Madrid, 1611 (impresor, Juan de la Cuesta, el del *Quijote*); se reimprimieron en 1613 (editor, Luis Sánchez, en Madrid), corregidas, especialmente en la puntuación, y suprimiéndose composiciones ajenas, incluidas antes por error. Las obras son: cincuenta sonetos, la *Fábula de Atis y Galatea*, una égloga piscatoria, diez y ocho canciones (la primera cuenta, además, como égloga segunda), dos estancias, seis romances, un epitafio humorístico, tres letrillas (la tercera, interesante, en seguidillas), ocho composiciones en redondillas, una traducción del poema de Ovidio *Remedia amoris*, en metro de romance, acompañada del texto

latino y precedida de versos alusivos del autor y de su hermano D. Alonso; por fin, en prosa, el *Libro de la erudición poética,* disertación en pro de la poesía nutrida de saber, tres cartas, y una traducción del tratado de Séneca *De la brevedad de la vida,* acompañada de extensas notas del devoto y fiel D. Alonso. Entre los preliminares, es de notar la aprobación de Pedro de Valencia, y, entre los versos laudatorios, la canción de Quevedo, quien le dedica además un epitafio en prosa latina con cita de *Job* en hebreo. D. Alonso dedica las obras al Conde de Niebla, D. Manuel Alonso Pérez de Guzmán el Bueno, Mecenas de los dos hermanos.

A Carrillo, como a Fray Hortensio Félix Paravicino de Arteaga (1580-1633), se le ha atribuido, con pueril ligereza, la invención del gongorismo. La suposición pudo inducir a sospecha mientras no se conoció en todos sus pormenores la evolución personal de Góngora; ahora, después de la edición completa y fechada, pieza por pieza, que publica en 1921 Foulché-Delbosc con ayuda de Alfonso Reyes, toda sospecha desaparece. El "estilo culto" del siglo XVII estuvo en fermentación durante todo el final del XVI, bajo el influjo de Herrera: de ahí parte Góngora, en 1580, antes de cumplir los veinte años. En 1593, por ejemplo, su estilo está cuajado en todas sus complejidades:

> Arbol, de cuyos ramos fortunados
> las nobles Moras son Quinas reales,
> teñidas en la sangre de leales
> capitanes, no amantes desdichados...

O, por ejemplo, en 1596:

> Cuantas al Duero le he negado ausente,
> tantas al Betis lágrimas le fío,
> y, de centellas coronado el río,
> fuego tributa al mar de urna ya ardiente...

Después, Góngora concentrará, intensificará, y las dificultades del estilo parecerán sumas cuando los poemas sean largos: la *Fábula de Polifemo y Galatea* (1613), las

Soledades (1613), el *Panegírico al Duque de Lerma* (1617).

Entre tanto, cundía el espíritu barroco, se formaban nuevos "estilos difíciles" en España, especialmente en Andalucía: de los *Conceptos espirituales* (1600) del segoviano Alonso de Ledesma se hace brotar la corriente conceptista, que arrastra a Quevedo, a Gracián, a Melo; las *Flores de poetas ilustres* (1605), coleccionadas por Pedro Espinosa, son una antología de apasionados de las palabras de luz y las metáforas pintorescas — especialmente el grupo de granadinos y antequeranos, como Luis Martín y Tejada Páez, — y Espinosa mismo, cuyo estilo barroco linda con el rococó, se burla ya de los excesos, adelantándose, con su soneto "Rompe la niebla de una gruta oscura...", al célebre de Lope que se cierra con "Que yo soy quien lo digo y no lo entiendo"; Bernardo de Valbuena, en América, hace de *La grandeza mexicana* (1604) una especie de profuso retablo, abundante en figuras como los "hombros de cristal y hielo" del mar o las "olas y avenidas de las cosas"; años después, en Sevilla, Rioja — a quien tanto se suele olvidar en este pleito — envuelve sus flores en velos tupidos, hasta impenetrables, como cuando pide a la arrebolera que no inquiete "el cano seno a los profundos mares". Góngora no asciende a jefe ostensible sino al final de su vida, bien entrado el siglo XVII.

La situación de Carrillo, en aquella década efervescente (1600-1610), es fácil de comprender: fue uno de los muchos innovadores del momento. Lucien-Paul Thomas, en su libro sobre *Le lyrisme et la préciosité cultistes en Espagne* (Halle y París, 1909), veía en él, no el arroyo de donde nace el gran río gongorino, pero sí uno de sus afluentes. Ahora me parece fácil demostrar otra cosa: que recibe y devuelve aguas al "rey de los otros ríos". Carrillo, que por la edad podía ser hijo de Góngora, por la comunidad de origen no podía ignorar la obra del cordobés máximo; pero, rico de cultura muy varia, crea su estilo propio con prolija destilación de jugos latinos, italia-

nos y españoles. Hace alusiones francas a Garcilaso, porque es el patriarca de los poetas modernos (ejemplos: Egloga "De tiernos pescadores..."; Soneto III). El influjo de Góngora se diluye, pero no tanto que se haga imperceptible; está difuso, como ambiente: raras veces se descubre en la imitación de pormenores. Es típicamente gongorino, por ejemplo, en la canción VII, el contraste de blanco rojo:

> La blanca aurora con la blanca mano
> abre las rojas puertas del Oriente...

O en la canción IV, el contraste de blanco y verde:

> ...Y con brazos de plata
> los prados de esmeralda ciñe y ata...

O en la canción II:

> ...Abrazadas de aljófares las rosas...

O en el romance quinto:

> Pártome, y aunque me parto,
> dejo, Lisi, el alma acá,
> la mitad della en rehenes,
> que es tuya la otra mitad...

En compensación, Lucien-Paul Thomas acierta al suponer que a Góngora debió de interesarle al *Libro de la erudición poética*, el cual circulaba manuscrito desde 1607, — si bien no cabe ya la suposición de que se apoyara, para atreverse a la concentración decisiva de complicaciones de su última manera, en las tesis de Carrillo, — y, más aún, que la *Fábula de Atis y Galatea* sirvió de incitación para el *Polifemo*. Los dos poemas se parecen poco, fuera del asunto (entonces en boga en Italia) y del parentesco de los estilos; pero las dedicatorias, dirigidas ambas al Conde de Niebla, denuncian que la coincidencia no es casual: como Carrillo, virgilianamente, pide al Mecenas que olvide, para oírlo, sus deberes militares, Góngora, esqui-

vando la repetición, le pide que olvide la caza. Y a estos dos *Polifemos* sigue el de Lope de Vega, — flojo intento de competencia con Góngora, — en el canto II de su *Circe* (1624).

Pero no sólo con Góngora se relaciona Carrillo. El jefe de los conceptistas, Quevedo, no sólo lamentó su muerte, sino que parece recordar, en su admirable soneto "¡Cómo de entre mis manos te resbalas!", el VI de Carrillo:

> ¡Con qué ligeros pasos vas corriendo!
> ¡Oh, cómo te me ausentas, tiempo vano!...

Carrillo habla del tiempo perdido en errores juveniles; Quevedo debe de haber escrito después que él, en la vejez, porque habla de la edad que avanza, y su soneto pertenece a la serie trágica y profunda de "Miré los muros..." y "Huye sin percibirse lento el día..."

Poeta de tierra solar, Luis Carrillo trabaja con materiales luminosos; poeta juvenil, pinta la vida como fiesta perpetua donde la embriaguez de los sentidos no permite la meditación sino como súbita y momentánea caída. Su estilo muestra perfección precoz; pero, como todo sistema cerrado, crea sus propios lugares comunes (el tronco o cuello de los árboles; la dama = sol; el agua = cristal). El vocabulario es depurado, sin rareza ni extravagancia; pero la sintaxis es compleja, latinizante, llena de inversiones y de elipsis. Su versificación es pulida (hasta evita — raro caso en el siglo XVII — el verso de once sílabas con acento interior sólo en la cuarta), pero es monótono en las rimas, y en los sonetos hace costumbre el repetir, como rimas del cuarteto segundo, palabras usadas ya en el primero. Sus mejores obras son, con la *Fábula,* las canciones y los romances, envueltas en el aura de lujosa molie que fluye de Ovidio, de Ariosto y de Góngora; los sonetos representan, a veces, intentos de arte más severo.

P. H. U.

El texto que aquí ofrecemos procede de las *Obras de Don Luis Carrillo y Sotomayor,* edición de 1613. Los sonetos que hemos escogido llevan allí los números 1, 2, 11, 16, 17, 22, 25, 26, 27, 28, 29, 30, 33, 36, 37, 41, 42, 43, 44, 45, 48. Otros once reproduce Gracián en su *Agudeza y arte de ingenio* (primera edición, 1642; segunda, 1648) y pueden consultarse en la reimpresión que de la obra acaba de hacerse en Madrid, 1929, como parte de la Biblioteca de Filósofos Españoles: corresponden a los números 3, "Pues servís a un perdido..." (citado en la página 353 de la edición moderna); 4, "Viste de ejemplo el tronco..." (en la pág. 60); 5, "El imperioso brazo..." (en la pág. 69); 6, "¡Con qué ligeros pasos vas corriendo!" (en la pág. 30); 8, "Cuando me vuelvo a mí..." (en la pág. 11); 9, "Verse duda Sansón..." (en la pág. 176); 14, "No luches con los remos..." (en la pág. 140); 20, "Amor, déjame, amor..." (en la pág. 50); 24, "Enojo un tiempo fue..." (en la pág. 80); 34, "¿Caíste? Sí, si valeroso osaste..." (en la pág. 349); 46, "Mira el amante pálido..." (en la pág. 12). Gracián cita, además, pasajes de otras poesías de Carrillo (págs. 113, 138, 276 y 348). De aquellos once sonetos, reprodujo nueve (exceptuando el núm. 6 y el núm. 14) Adolfo de Castro en el tomo II de *Poetas líricos de los siglos XVI y XVII* (Biblioteca de Autores Españoles, tomo XLII, págs. 529-530); reimprimió, además, dos canciones, la IV, "Desátase risueño...", y la VI, "Huyen las nieves..."

FABULA DE ATIS Y GALATEA

Carta al Conde de Niebla

MIENTRAS el hondo mar, mientras no gime
agravios de mil remos, gobernados
de fuertes brazos, ni su imperio oprime
la quilla en largos surcos plateados;
mientras la espuma en su color no imprime
a turco o holandés rostro, ni igualados
los largos vasos al ligero viento
exceden del cosario el pensamiento;

mientras la ronca trompa no tumbare,
y al más osado pecho, y al cansado
brazo del bogavante no alentare
a despreciar el viento apresurado;
mientras el grueso cerro no dejare
la seca arena, con que está abrazado,
ni velas visten de la entena extremos,
oíd mis versos, pues que callan remos.

No siempre roja sangre, no vestido
el corazón y pecho de diamante,
deleita a Marte siempre, ni el teñido
acero en sangre, ni el feroz semblante:
a veces gime el prado, ya oprimido
de fuerte escudo o yelmo rutilante,
y a veces vos, entre el acero y malla,
sentís ausente lo que el alma calla.

No siempre el rostro claro ardiente enlaza
el fuerte morrión, ni, más lustroso
que el claro sol, el peto el hombro abraza,
no siempre alegra el arcabuz fogoso:
tal vez, cual vos sabéis, el alma emplaza
el pecho a sus estrados generoso,
y tal os vistes, humillado el cuello,
hermosa Niebla a un Sol, más que el sol bello.

Tal os pido, y os llamo, no arrojando
rayos la espada, ni el feroz semblante
fuego, como soléis, atento y blando,
no con frente al contrario amenazante:
tal mi musa escuchad, que irá cantando
un desdichado, un firme, un fiero amante;
y con vuestra atención, si oís su vuelo,
piensa afrentar estrellas en el cielo.

La Fábula

DE cuál era marfil, — la blanca mano,
o el peine que entre el oro discurría, –
o si era el sol aquel que el oceano
de sus hermosos rayos lo vestía
o aquel que altivo de Titón anciano
la blanca esposa pálido seguía,
dudoso el Etna, aún detenía, en su falda,
abrazadas las perlas, de esmeralda.

En sus fuegos terrible y temeroso,
sacó la negra frente, y admirado
en ver de Galatea el rostro hermoso,
acrecentó su fuego enamorado;
y estando atento, del volcán fogoso,
así escuchó, de humos coronado,
lamentarse la Ninfa, de una suerte,
por larga vida y por temprana muerte:

"Con más galas mostraba el blanco día,
en manos de la aurora, su tesoro,
y más hermoso el rojo sol vertía
de su ligero carro aljófar y oro;
resplandecientes ejes recebía
en su cerviz robusta el fuerte toro,
y de Pírois y Etón la blanca pluma
el aire y luz hendió, vertiendo espuma.

"Con apacible risa se extendía
un arroyo, de juncia coronado,
a quien el rubio sol nunca ofendía,
que exento dél estaba el fresco prado:
con cuello hojoso y verde se oponía
a su color el sauce levantado,
y burlando del sol, ufano el viento,
robaba a varias flores el aliento.

"Más que la blanca nieve intacta y pura,
una pequeña cueva se mostraba,
segunda a mi Atis bello en hermosura,
que la azul Anfitrite coronaba:
persuadiónos su sitio, y su frescura,
y el destino cruel, que me guiaba;
hizo el amor la viva piedra alfombra,
dosel la peña, y del dosel la sombra.

"Más lazos que aquel olmo levantado
recibe de su yedra, oh Scila mía,
con más que ciñe a aqueste verde prado
de su corriente arroyo el agua fría,
mi cuello enlazó Atis, que enredado
esconderse en mí el triste parecía;
en dulce lucha y amoroso juego
dieron al corazón las lenguas fuego".

Venció en fin la memoria, y coronados
de perlas, Galatea, entrambos ojos,
sobre los hilos de oro derramados
de aljófar Scila vió varios despojos:
ablandó cual discreta sus cuidados,
venció con sus razones sus enojos,
prosiguió Galatea el fatal cuento,
paróse el mar, y suspendióse el viento:

"Los premios del amor nos incitaban,
la soledad y sombras persuadían,
y el ver cómo las vides se abrazaban
con los hermosos chopos y se asían;
también dos tortolillas nos mostraban
en besos dulces cuánto se querían:
todo era, en fin, amor, que amor triunfaba
hasta en la yerba que en el prado estaba.

"Tiemblo al decirte, — igual a aquel que toca
álamo, bien que altivo, el alto cielo, —
de una lóbrega cueva el ancha boca
pobló soberbio, estremecióse el suelo;
prestóle humilde asiento una alta roca,
zampoña pastoril igual consuelo:
retumbó el monte de sus silbos lleno,
lloró su propio mal, cantó el ajeno.

"El líquido cristal, que se abrasaba
y con lascivo juego se extendía,
temeroso a las voces que escuchaba,
esconderse en sí mismo pretendía.
Yo triste, que de miedo le negaba
aliento al flaco pecho y lengua fría,
así escuché la causa de mi muerte
cantar mi rostro y lamentar su suerte:

POLIFEMO A GALATEA

"No la envidia del cielo, — el prado hermoso,
ya por mejor color, ya por bordado
de hermosas flores—; ni con cuello hojoso
el ciprés a las nubes encumbrado;
no del arroyo aquel color lustroso,
ya en aguas libre, ya en cristal atado;
ni juntos ciprés, prado, cristal frío,
igualan la beldad del dueño mío.

"No el indomable toro más airado,
ni, con ancianos brazos extendida,
resiste a su pastor, ni al enojado
viento resiste más, la encina herida;
no está más sordo el fiero mar turbado,
ni víbora cruel más ofendida,
que sorda está, que fiera está y airada,
en oyendo mi voz, mi prenda amada.

"Compite al blando viento su blandura,
de cisne blanca pluma, y en dudosa
suerte la iguala, de la leche pura,
la nata dulce y presunción hermosa;
en su beldad promete, y su frescura,
del hermoso jardín el lirio y rosa;
y si mis quejas, Ninfa hermosa, oyeras,
leche, pluma, jardín, flores vencieras.

"No, al soberbio ladrido, el temeroso
gamo ligero tanto iguala al viento,
que los deseos deja presuroso,
atrás corrido del lebrel exento,
como, al mirarme, el prado, del pie hermoso
no siente de mi dueño el blando asiento.
¿Mas qué me espanto de que al viento igualas,
si el amor y mi suerte te dan alas?

"Sosiega el rostro de la mar airado
con el divino tuyo, Ninfa mía;
merezca si lo puede un desdichado,
con sólo verte, un rato de alegría;
borde tu rostro un campo dilatado
de azul cristal, y glóriese este día
ser la primera vez que su ancho velo
sirve a mi hermoso sol de ser su cielo.

"Exento del invierno y del verano,
parte del monte el alabastro puro
puebla, competidor de aquesa mano,
del tiempo envidia, cual tu pecho duro;
desiguales labores forma ufano,
de que serás su dueño ya seguro,
y piensa competir altivo al cielo,
pues lo tiene de ser al sol del suelo.

"Dan sombra al Etna, más que el alto ceño
ya de soberbias rocas, o encumbrados
tejos y lauros, — tuyos, dulce dueño,
si dellos ser gustases, — mis ganados;
el campo esconden cuando en blando sueño
están, de pacer hartos, desatados;
número y cuenta excede su grandeza,
que el contarlo lo tengo por pobreza.

"Envidia del oriente y de la aurora,
de pámpanos hermosos coronado,
los apacibles olmos bello dora
el racimo a sus ramos abrazado;
de rojo y gualda la copiosa Flora
el manzano te ofrece matizado,
y por despojos de su mano hermosa
guarda el blanco jazmín y abierta rosa.

"Las cobardes castañas, ofendidas
de la tardanza de tu blanca mano,
segunda vez se esconden de corridas
en su amarillo erizo; el verde llano
vuelve a guardar las flores producidas
con que un tiempo pensó impedir ufano, —
mas mi dicha cruel no lo consiente, —
de olor el aire y de beldad su frente.

"El manso silguerillo, que alentado,
bañándose en el agua caluroso,
compite al ruiseñor el delicado
acento en tono, por mi mal, lloroso,
nenias canta a mi muerte, que si amado
el árbol por su canto, y más dichoso,
al escuchar su voz, mi bien, suave,
dudaras cuál es flor o cuál es ave.

"No fue naturaleza tan avara,
antes franca conmigo, de sus bienes,
ni es tan rústica, no, mi frente y cara,
ni son tan feas mis valientes sienes;
testigo me es el agua hermosa y clara
del odio injusto que a mi rostro tienes,
pues corre murmurando después ella
de que no me quisieses, Ninfa bella.

"Mira qué grande soy: no está en el cielo
Júpiter, — que decís arroja airado
rayos al mundo, — tal, ni el ancho suelo
tal le pintó cuando le ve enojado;
sirve a mis hombros de espacioso velo
el áspero cabello derramado;
y ¿quién no estar al hombre bien confiesa
el vello grueso y duro y barba espesa?

"Ciñe mi larga frente un ojo: el cielo
como el hermoso sol lo alumbra solo;
suegro te doy a aquel que el ancho suelo
abraza altivo de uno al otro polo;
tu rey es y señor, — si gustas, vélo, —
más que la hermana del hermoso Apolo;
mira que quien no teme el rayo airado
tiembla a tu blanco pie, mi dueño amado.

"Sufriera tu desdén triste, sufriera
mis dolores y penas inmortales;
si compañía en otros tristes viera,
pasáralas; mas ¿quién tan desiguales?
¿Que así tu esquiva mano, que así quiera
la causa ser de mis perpetuos males?
¡Ay yedra ingrata a muro ajeno asida!
¡Y ay paciencia más larga que mi vida!

"Arda en tus ojos él, arda en tu pecho,
que él sentirá de aqueste brazo airado
la furia que gobierna, a su despecho,
lo que un cíclope puede desdeñado;
por estos campos quedará deshecho
el tierno cuerpo de tu dueño amado,
y gustarás, en fin, que así lo quieres,
ver siempre parte dél por donde fueres".

PROSIGUE GALATEA

"En vano el fiero con terrible acento,
amenazas y amores lamentaba,
y su terrible voz el manso viento,
mas no en vano, sereno dilataba,
cuando dejando el espacioso asiento
los arrogantes pasos gobernaba
con un soberbio pino que traía:
temblaba el Etna donde el pie ponía.

"Cual el valiente toro, que ha perdido
de la vacada el reino, que enojado
espanta el bosque con feroz bramido,
desafía al contrario, confiado
en que algún duro roble habrá vencido
el duro imperio de su cuerno airado,
así el cruel, de amor y enojo ciego,
llenó frente y narices de humo y fuego.

"Volvió la vista do a mis ojos daba
plata en el cuello y en las hebras oro
aquel que mis entrañas abrasaba,
aquel que era mi gloria y mi tesoro;
vió que en mi cuello mi Atis se enlazaba.
¡Ay causa justa de mi amargo lloro!
Encontróse el Amor y Enojo, y pudo,
quién duda, armado más que no un desnudo.

"Venció el enojo en fin, venció, y airado,
dando una gruesa peña al brazo exento,
temblando el Etna al grito levantado
y sacándola ardiente de su asiento,
— "Será la vez postrera que abrazado
mire mi bien mi mal", — dijo, y el viento
la voz trujo, y la piedra, y en un punto
me vi en la mar y vi mi bien difunto.

"Lo que los hados permitir quisieron,
de mi divino amante los despojos
en esta clara fuente los volvieron,
que cada día aumenta mis enojos;
aqueste el lugar fue donde le vieron,
para no verle más, mis tristes ojos,
y ésta la fuente hermosa y cristal frío,
amarga siempre por el llanto mío".

SONETOS

I

LLORAS, oh solitario, y solamente
tu llanto te acompaña, que lloroso
el eco usurpa de este valle umbroso
y el triste oficio de esta dulce fuente.
¡Ay, cómo, en escucharte, alivio siente
mi pecho, en sus diluvios caudaloso!
A no ser natural tu són quejoso,
mereciera una ausencia tu corriente.
Lloremos juntos, pues, y dure tanto
que al brío de esta fuente presurosa
le dilate sus términos el llanto.
Mas vencerá mi ausencia querellosa,
pues de una ausente ingrata el dulce encanto
es causa a más efectos poderosa.

II

Usurpa ufano ya el tirano viento
a las velas los senos extendidos.
¡Adiós, playas, ya os pierdo! ¡Adiós, erguidos
montes a quien venció mi pensamiento!
Ya es mar también el uno y otro asiento
en mis ojos, de lágrimas ceñidos,
por perderos, oh montes, más perdidos:
tal pierdo, triste, tal, así tal siento.
Ya esconde el ancho mar, en sí orgulloso,
las frentes de los cerros levantados
en sus soberbias olas caudaloso.
Así divide ausencia mis cuidados;
mas no podrá jamás, oh dueño hermoso,
de ti, mis pensamientos abrasados.

III

No sólo envidia al suelo, no envidiada
sólo tu altiva frente de una estrella
era, oh gallarda torre, cuanto bella
temida, y cuan temida respetada.
Ya (¿qué no allana el tiempo?) derribada
creces llanto a Sagunto, niega vella
la yedra, huésped que se abraza en ella,
o ella se esconde en ella de afrentada.
No le prestó su fe su fortaleza.
Mas ¿qué homenaje deja el tiempo duro
que en brazos de sus alas no dé al viento?
No hay bronce que a su fuerza esté seguro.
Tú, triste, eternidad, valor, firmeza
buscas, no a bronce o torre: a un pensamiento.

IV

Lava el soberbio mar, del sordo cielo
la ciega frente, cuando airado gime
agravios largos del bajel que oprime,
bien que ya roto su enojado velo.
Hiere no sólo nubes, mas al suelo,
por que su brazo tema y imperio estime;
olas, no rayos en su playa imprime;
tiembla otro Deucalión su igual recelo.
Envidia, cuando fuerte y espantosa
la mar, la rota nave ya presenta,
ya al cielo, ya a la arena de su seno,
al rústico piloto vida exenta.
Yo así en mis celos, libertad dichosa,
no cuando alegre, cuando en ellos peno.

V

Alto estoy tanto, que me niega el velo
pardo el suelo a mis ojos, por airado,
en mirar que por nubes le he trocado,
o porque niega, en fin, humano cielo.
Aguila en vista fui, águila en vuelo,
mas, como ajenas alas he volado,
temo me falten: miro que han parado
en ejemplos, mis émulos, del suelo.
Desprecio altivos dieron a su suerte,
al tiempo, a la fortuna; si han caído,
sus manos dieron puertas al mal suyo.
Conozco mi verdad: merezco acierte;
desdicha, si me humillas, habrá sido
no por mi mal o culpa: por ser tuyo.

VI

De tributos y mares olvidado,
que es natural en Guadalete olvido,
cuanto un tiempo corriente, detenido,
miró a Celia, de juncia coronado.
Y celoso de ver había estampado
la playa el pie pequeño, el atrevido
hurtósela, y confiesa haber corrido,
después del dulce robo, más salado.
Soberbio en su cristal y en pensamientos,
olvidando sus márgenes, triunfante
estaba de la arena que bebía.
—Vámonos, — dijo Celia, — de mi amante
nuevo conozco, oh Fabio, los intentos:
no te me lleve ¡ay Dios! por prenda mía.

VII

Remataba en los cielos su belleza,
alivio, un alto chopo, a un verde prado,
amante de una vid, y della amado,
que amor halló aposento en su dureza.
Soberbia, exenta, altiva su cabeza,
era lengua del céfiro enojado;
del verde campo rey, pues coronado
daba leyes de amor en su corteza.
Robóle su corona airado el viento;
sintió tanto su mal, que fue tornada
en verde escura su esperanza verde.
Yo, sin los lazos de mi Celia amada,
¿qué mucho a tal me traiga un pensamiento,
si un árbol me dió amor que me lo acuerde?

VIII

Escuadrones de estrellas temerosas
desamparan al cielo, de corridas
en ver que sólo no han de ser vencidas
del sol, cual antes, o de frescas rosas.
Ya las ligeras horas presurosas
oro crecen al carro, y encendidas
perlas les da el Oriente más subidas
por afrentar a las de Celia hermosas.
Cual a su dueño el prado lisonjero
victoria ofrece, y esperanzas vanas
en su color y en el laurel que cría.
Salió mi bello Oriente a sus ventanas:
paróse el sol vencido en su carrera
y fue más largo por mi Celia el día.

IX

Este cetro que ves, oh pecho ardiente,
por oro o majestad, de roble ha sido;
piel este imperio un tiempo lo ha vestido
que apenas viste ya el dorado Oriente.
Roble o acebo duro, a aquesta gente
cargó el hombro, que ultraja ya, en bruñido
acero, al claro sol recién nacido,
sombrero tosco, la dorada frente.
Virtud, osar, valor, los ha encumbrado
a que beses su planta, blanca luna,
que fue de su virtud hija su suerte.
Hijos de un monte fueron, fue su cuna:
mídete en ellos, pecho, pues te han dado
espejo en sí, y róbate a la muerte.

X

Aquí fue Troya, amor, aquí vencida
es polvo aquella máquina espantable
que, si se esconde entre la yerba afable,
un tiempo fue en las nubes escondida.
Aqueste, Xanto, que en igual corrida
a sí se es puente su humildad tratable,
cuya roja corriente, de intratable,
de mil ilustres pechos fue homicida.
Ya humilde Troya, ya humillado Xanto,
que Troya fue mi amor, Xanto mis ojos,
ni el pecho es fuego, ni sus ojos llanto.
Sólo temen discretos mis enojos
de aquesta Troya, ya humillada tanto,
otra Roma no vengue sus despojos.

XI

Enmudeció el amor la pluma y mano;
volvió el amor, a pluma y mano, lengua.
¡Ay de mí! Quiere llore, por mi mengua,
agravios de sus manos por mi mano.
Tal Guadarrama, por su escarcha cano,
agravios del sol llora cuando mengua
sus nevados tesoros; tal sin mengua
mis ojos trata amor, amor tirano.
Llorad, ojos, llorad, pues desatando
parte del mal, por quien estoy muriendo,
irá en mi pecho su furor menguando.
En vano alivio con llorar pretendo
si vuelve al pecho, por su mal, volando
lo que dél sale, por su bien, corriendo.

XII

Esta cordera, que tornó en abrojos
su corta juventud, — los gustos míos, —
medio anegada de los hondos ríos,
oh honor, de tantas lágrimas y enojos,
ofrezco a tu deidad: estos despojos,
como ya de piedad, de miedo fríos,
de tu poder ejemplo y de mis bríos,
de hoy más ocupen peregrinos ojos.
Quede en tus aras la segur colgando,
cuyo afilado acero, oh honor, entiendo
la humilde sangre le ha dejado blando.
Mas no cures de mí, que si venciendo
mi fe cumplí contigo, oh honor, dejando,
voy a cumplir con el amor muriendo.

XIII

Bien que a sagrado incienso, bien que puede
vencer ardiente víctima tu saña,
esta corriente, que tus basas baña,
lloroso doy, que en calidad le excede.
Este tierno pesar tu reino herede,
por culpa, oh tiempo, contra ti tamaña:
baste, pues ya mi mal me desengaña
a que dél limpio y de su culpa quede.
Esto tierno lloré, y mi tierno acento
apenas alcanzó el divino oído,
cuando en brazos oí del manso viento:
"El poder restaurarte, oh ya vencido
Fabio, del tiempo, y de mi tiempo exento,
será no perder más que lo perdido".

XIV

Ciegos doy (cual mi amor) tres varios ñudos,
varios en el color: ¡ay Dios! si fuesen
de tan alto valor; ¡ay! si pudiesen
mostrar tus ojos de rigor desnudos.

Ciño este altar tres veces, y estos mudos
vultos tuyos: ¡oh Laura, si venciesen
en blandura esta cera, si quisiesen
arder cual arden estos troncos rudos!

Estas yerbas que da el marino seno
doy en aquestas llamas por despojos.
¿Si vencerá un veneno otro veneno?

Cual este polvo en agua, mis enojos
mueran: en vano por vencellos peno,
que es mayor el hechizo de tus ojos.

XV

Altivo intento, sí, pero debido,
vista amarga intentáis, de humor vacía,
bien que copioso venza, noche fría,
tu sagrado silencio su ruido.

Yace, de sueño frío ¡ay! ya vencido
aquel divino peso al claro día.
Grande ausencia amenazas, prenda mía;
fábula de escarmiento al mundo has sido.

Id, tristes ojos, a la tumba amada;
¡ay! no sólo por Lisi lastimosa
solicite a dolor la piedra helada:

sepan que osaste, oh pena querellosa,
en espacioso llanto desatada
mostrar dos mares en tan breve losa.

XVI

¿Cómo, oh querido bien, cómo, oh querido
dueño del alma y vida, en qué, arrojado,
el pecho os ofendió? ¿Cuándo ha entregado,
pues le olvidáis, el cuello a vuestro olvido?
¿Que no os miré, mi bien? Si os he ofendido,
amor es ciego, amor lo habrá causado.
¿Quién no tiene a bajeza haber probado
cuánto corta la espada de un rendido?
Mandómelo el amor, fue fuerza hacello;
es mi rey el amor, puedo mandarme;
culpa el mandarlo fue, culpa el querello.
Llorando moriré, pues el culparme
vos le basta a mi llanto, oh rostro bello,
por vengaros a vos y por vengarme.

XVII

Desas rojas mejillas envidioso,
más sangriento el rubí, de más corrido,
afrenta, que del hurto ha convencido,
el nácar, Celia, de tu rostro hermoso.
El cristal desatado, de lloroso,
tu blanca frente aqueja, que ha podido
robar (dícelo él) de lo escondido
de sus senos espejo tan lustroso.
Más blanca de enojada, blanca nieve
hurtos gime en tu cuello; desos ojos
el sol se queja, o pide su hermosura.
Mas no cesan aquí, no, tus enojos,
que, si esto negar puedes, que me debe
tu rostro un alma que robó es locura.

XVIII

A un limón
que le arrojó una dama
desde un balcón.

Fruto, por ser del cielo tan querido
que ha sido y es de mí tan adorado;
fruto, por ser del cielo, y desdichado,
al de mi pensamiento parecido,
¡cómo os adoro y quiero! ¿Habéis caído?
¿Por qué, decid, por qué, del adorado
sol de mi Lisi, rayo habéis bajado?
Si rayo no ¿a qué, estrella, habéis venido?
Si estrella sois, al que en desdichas muere
¿para qué le buscáis? Si rayo fuerte,
¿en qué ofendí la luz del alma mía?
Mas no, pecho, no ofendas tu fe y suerte,
que si de amor la estrella y dicha quiere,
verás en tus desdichas compañía.

XIX

Hambriento desear, dulce apetito,
hambriento apetecer, dulce deseo,
detened el rigor ¡ay! ya, pues veo
mi negro día en vuestro enojo escrito.
Mientras con más calor os solicito
vuestro ardiente querer, mi dulce empleo,
por más que el bien a vuestro bien rodeo,
huye el remedio término infinito.
Sin duda moriré, pues que mis bienes
alimentan hambrientos a mis males.
Tú, dulce apetecer, la culpa tienes.
Muriendo, de sus penas desiguales,
pecho, será imposible te enajenes:
hijos del alma son, son inmortales.

XX

Más blanda, no de amor, de arrepentida,
cual fue, si es blanda, siendo piedra helada,
gime Anaxarte, piedra cuando amada
más que después, que en piedra convertida.
Viva le aborreció, y aborrecida
pena a su esquivo pecho reservada,
Dafne esquiva aconseja castigada
consejos que no oyó siendo querida.
Desconocidas Dafne y Anaxarte
en piedra y plata, me amenaza en vano
igual pena a las suyas en no amarte:
en vano, si eres de mi amor tirano
y pienso ser retrato de Anaxarte,
si no en esquivo, en firme al tiempo vano.

XXI

Camino de la muerte, en hora breve
apresura la edad los gustos míos,
y mis llorosas luces en dos ríos
lloran, cuan tardos sus momentos mueve.
A tal exceso mi dolor se atreve,
rendido él mismo de sus mismos bríos.
¡Ay! venga el tiempo que en sus hombros fríos
la común madre mis despojos lleve.
Crece a medida de la edad la pena:
con ella el gusto del funesto empleo
que mi grave dolor o suerte ordena.
Y tan ceñido al alma le poseo,
que, mientras más la vida le enajena,
siento crecer más fuerza a tal deseo.

Este cuaderno terminó de imprimirse en los talleres gráficos de Olivieri & Domínguez, calle 4 entre 42 y 43, La Plata, a los treinta dias del mes de setiembre de 1929

Cuadernos de
DON SEGUNDO SOMBRA
[illegible]
La Plata
[illegible]

UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
00001330919